

RESEÑA

González Caizán, C. (2017). *Por Napoleón en España. Los soldados polacos en los Sitios de Zaragoza (1808-1809)*. Madrid: Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, 631 p.

MANUEL MORÁN ORTI

Universidad Europea de Madrid

La profesora González Caizán ejerce la enseñanza desde hace años en la universidad de Varsovia, una circunstancia que seguramente ha facilitado el desarrollo de una de sus líneas de investigación: las relaciones entre Polonia y España y concretamente, la participación en la guerra de la Independencia de los polacos que militaron en el ejército napoleónico. Ha coeditado la traducción española de las interesantísimas *Memorias* del sargento de lanceros Kajetan Wojciechowski, que publicó en 2009 el Ministerio de Defensa de España. También es autora de un número considerable de artículos científicos sobre diferentes aspectos del tema y que sin duda han desbrozado el terreno para la redacción de la obra que aquí se comenta. A tener en cuenta entre ellos, sus trabajos centrados en algunos jefes de relieve (Jan Konopka de los “Picadores del Infierno” y Józef Chlopicki, de la Legión del Vístula), o en las acciones de las unidades polacas en varios escenarios de guerra: La Rioja, Andalucía, Cataluña o el Reino de Valencia.

La participación de unos 20.000 oficiales y soldados polacos, tropa de elite en el ejército francés que invadió la Península en 1808 no es un hecho muy conocido por la mayoría de los ciudadanos españoles de nuestros días, ni siquiera por los más aficionados a las lecturas históricas. Lo que ahora se lleva, da la impresión, son recreaciones festivas de la guerra de la Independencia, cosa que si bien se mira, tampoco está mal. En Polonia parece que es otra cosa, porque el ciclo napoleónico es un periodo fundamental en la recuperación de su independencia nacional en los tiempos modernos y eso se toma muy en serio. De hecho, la intervención en España y en particular, en los sitios de Zaragoza, tiene su lugar en la historiografía nacional polaca, que proporciona la base para la construcción de su identidad colectiva, de su forma de entenderse como nación. “La época napoleónica acrecentó y, al mismo tiempo, contribuyó enormemente a forjar un sentimiento de orgullo imitado por generaciones de polacos. La búsqueda de la independencia arrebatada quedó como el objetivo a alcanzar durante el resto del siglo XIX y principios del XX”, (p. 125).

Es un libro extenso. La introducción se ocupa cumplidamente de exponer el tema, su historia científica, las fuentes de la investigación y la estructura del trabajo, al tiempo que comenta algunos problemas de método derivados del alcance multinacional de todo este asunto: identificación de topónimos y onomásticos, rangos militares, contabilidad de bajas en combate y en general, sobre la interpretación de textos polacos decimonónicos redactados en jerga militar.

El cuerpo de la monografía está compuesto por tres partes o grandes capítulos, dispuestos en orden tendencialmente cronológico, partiendo de lo anterior y más general y concluyendo en lo particular y posterior. Así pues, el capítulo primero se ocupa de la génesis de la participación polaca en la guerra española, que se remonta a la voluntad de este pueblo de reconquistar su independencia, con ayuda de un Napoleón más marrullero que magnánimo, tras los sucesivos acuerdos entre Rusia, Prusia y Austria que habían culminado en la desaparición de la *Rzeczpospolita* en 1795. Los motivos de la intervención en España se superponen al sentimiento retrospectivo de simpatía (y de culpa) presente en el imaginario colectivo polaco: “Solo la Francia Napoleónica les había brindado la oportunidad de recuperar la soberanía de su patria perdida tras los tres repartos sufridos en su territorio y para ello el Antiguo Régimen debía ser erradicado de Europa”(p. 81).

La carencia de una obra de conjunto sobre el tema justifica una exposición general, integrada en ese mismo primer capítulo (1.2), en la que se relata la peripecia militar de los polacos en la Península (1808 a 1813) y sus aventuras posteriores, en la fase terminal del imperio napoleónico. Ahí se disciernen por tanto las tres grandes unidades integradas por efectivos polacos: la Legión del Vístula y su regimiento de lanceros (los temidos “picadores del infierno”), regimiento de caballería que un poco injustamente acaparó la gloria y la fama, hasta el punto de oscurecer los hechos de armas de las otras unidades polacas. Al finalizar los sitios de Zaragoza, la Legión permaneció en el teatro de guerra de Aragón, tomando parte en la conquista del Reino de Valencia bajo el mando del mariscal Suchet. También habían sido enviados a España los *chevau-légers* de la Guardia Imperial, que desempeñaron un papel estelar en la batalla de Somosierra de noviembre de 1808, a la vista de Napoleón. La tercera gran unidad con entidad propia fue la división del Ducado de Varsovia, que combatió en Andalucía oriental. Destacó su intervención en la batalla de la Albuera y, especialmente, en la acción del castillo de Fuengirola (octubre de 1810), donde la guarnición polaca rechazó a una fuerza atacante hispano-inglesa muy superior en número, haciendo incluso prisionero a su jefe, un tal lord Blayney.

El capítulo segundo es con diferencia el más extenso. Está centrado en el núcleo temático del libro, esto es, los preliminares, el desarrollo del primer y del segundo sitio de Zaragoza y su desenlace, siempre desde la perspectiva de los legionarios y lanceros del Vístula, que habían participado muy activamente en esa gesta. Pensando en los lectores españoles, la autora presenta previamente a los “memorialistas” polacos, combatientes que fueron partícipes y testigos de los hechos que relataron años después, y que aportan una parte considerable de la información utilizada en la investigación. Como técnica narrativa predomina un tipo de exposición equilibrada, muy ceñida a los hechos (“microhistoria”, se diría) y apoyada siempre en esas fuentes, que contrapone de manera crítica en cada episodio, reproduciendo generosos fragmentos. Queda claro en esos escritos que los combatientes españoles -paisanos, veteranos añosos y voluntarios

con poca experiencia militar- no podían impresionar mucho a esos guerreros fogueados, predilectos de Napoleón y sus mariscales. “Una vez más, la misma escena se repetía ante los ojos de los invasores: los españoles se retiraban o, mejor aún, huían en desorden del campo de batalla”, (p. 208). En cambio, la lección que extrajeron los polacos de la lucha en España fue el valor del sacrificio y de la perseverancia, especialmente de los defensores de Zaragoza. Este ejemplo del “desafío permanente” recordado por los memorialistas, dice la autora, ayudó a mantener vivo el ideal de la aspiración a la independencia nacional durante el resto del siglo. Es la misma idea del “no importa” español, que -es oportuno subrayarlo aquí- provocó la admiración de otros combatientes foráneos al servicio de Napoleón, como los piamonteses que aspiraban a la unidad y la independencia de Italia. Entre ellos estuvo Giuseppe Pecchio, quien años después, escribió: “I soldati e generali sconfitti correvano a riunirsi sopra un altro punto per essere rotti di nuovo e confortati di nuovo col *no importa*. E diffatti che cosa doveva importare al governo una battaglia, una città perduta, se era fatto il proponimento di sepellirsi sotto le rovine della patria prima che sottoporsi al giogo straniero? Lo scopo degli spagnuoli non era la gloria, ma la indipendenza”, (*Sei mesi in Spagna*, carta de 5.08.1821).

En este libro no todo es historia bélica en el sentido más estricto. El tercer y último capítulo aporta un cambio de perspectiva, aunque no de protagonistas ni de tiempo y lugar, y eso atenúa en el lector la posible impresión de ruptura del hilo conductor que había guiado hasta ahora el discurso. Lo que predomina aquí es el interés por los aspectos humanos y sociales, al hilo de la estancia de los polacos en Zaragoza tras la capitulación, y muy especialmente de las peripecias de algunas mujeres aragonesas que matrimoniaron con ellos (“En la mayoría de los casos, la tragedia y la infelicidad marcaron sus existencias”, p. 48). Es quizás la parte del libro más original, en la que la autora se permite una prosa algo más suelta. Su tono: “La capital del Sena era una de las ciudades más atractivas de Europa y un lugar donde una señorita como María de los Dolores podía convertirse en una refinada y cultivada dama de aquella época”, (sobre la hija del barón Józef Chlusowicz y Bernarda Colón de Larreátegui, en p. 503).

La investigación se apoya en un conocimiento formidable de las fuentes, eso hay que decirlo, que la profesora Cristina González Caizán maneja con dominio. Ha escudriñado a fondo los archivos españoles (con especial esmero los aragoneses), franceses y polacos, sobre cuya información aporta útiles valoraciones. Aunque se diría que es en el uso de la bibliografía y más concretamente, de los relatos de los testigos presenciales polacos (los “memorialistas”) donde sobresale su capacidad de expresar y depurar la información. En ese sentido traza un *status quaestionis*, o historia del tema de investigación de muy alto nivel científico. Ahí aplica la crítica, advierte las relaciones de continuidad y dependencia en la cadena de autores que tocaron el asunto, estableciendo las correspondientes tradiciones y el grado de conexión –o desconocimiento- entre ellas, hasta esbozar la imagen (o mejor, las imágenes), que ha llegado hasta la actualidad, con sus aciertos

y carencias. La crítica de la información proporcionada por los autores le ha permitido detectar los puntos débiles del género memorialístico, como omisiones (de robos, saqueos y otros actos poco honorables), errores y en ocasiones, supercherías intencionadas. Este es precisamente el caso del anónimo *Zaragoza en el año 1809*, que informa crudamente de las tropelías cometidas por los protagonistas en la ciudad conquistada, pero que en realidad consiste en un escrito apócrifo, forjado por las autoridades zaristas para manipular a la opinión pública polaca en un sentido contrario al ideal napoleónico y todo lo que representaba (p. 22 y p. 133). También resulta aleccionador el juicio vertido en el relato del subteniente Brandt sobre los soldados españoles apresados en Zaragoza: “La mayor parte de ellos tenía un porte tan poco militar, que nuestros hombres se indignaban en voz alta diciendo que no se deberían haber tomado tanta molestia para *semejantes mocosos*”. Pero no hay que engañarse, se trata de un ejemplo de las malas pasadas que puede jugar una deficiente traducción. Heinrich von Brandt (prusiano – polaco de Pomerania occidental) se había expresado originalmente en alemán en términos mucho menos injuriosos para los españoles, pero con la mala fortuna de haberse traducido al francés como “drôles”, lo que a su vez, no sólo influyó en la versión polaca, sino que pasó al español como “canallas” y al inglés como “chusma”, (p. 424).

Es una obra ponderada, que trasluce comprensión e incluso simpatía a sus protagonistas. Está escrita con una prosa fluida y léxico preciso, de modo que se lee bien. A lo sumo, los más puristas detectarán algún extranjerismo y quizás objetarán el uso de la voz “memorialista” para designar al escritor de memorias de época, aunque es cierto que el DRAE la admite ahora en este sentido para sustituir a “memoriógrafo”, palabra postiza que en cambio, se ha caído del diccionario. La alternativa “historiógrafo”, que sugería el profesor don Federico Suárez Verdeguer, tampoco ha terminado de cuajar con este significado, quizás por ser palabra equívoca.

Entre los valores de este libro, me limitaré a apuntar la singular aportación que supone integrar la perspectiva polaca y su bagaje documental e historiográfico, hasta ahora muy poco conocido en España por la lejanía entre las respectivas tradiciones científicas. Ayuda por tanto a universalizar nuestro conocimiento de los hechos, aportando una visión más cosmopolita y por tanto más comprensiva de nuestro pasado común.

Para concluir, además del preceptivo capítulo de conclusiones, el libro cuenta con un conjunto muy cuidado de apartados auxiliares, que facilitan su manejo y acentúan el sesgo científico: abreviaturas y siglas, apéndices (estados de fuerzas y registros de bajas en diferentes momentos y lugares), fuentes, bibliografía e índice onomástico. También lleva una parte iconográfica que cumple una función informativa y no sólo ornamental, aunque no es desdeñable, para nada, desde este punto de vista. Se trata de catorce páginas con láminas en color –litografías, dibujos, óleos, fotografías- reproducidas con gran calidad y bien documentadas, que representan soldados con los uniformes de sus unidades, retratos, planos y vistas alusivas.